

por ricardo doménech



HEMINGWAY

DEL libro de Hemingway, «A Moveable Feast», que los lectores de TRIUNFO han podido conocer a través de estos últimos números, importan, sobre todo, dos aspectos muy ilustrativos. De un lado, la descripción del ambiente intelectual y artístico del París de los años veinte, con una serie de retratos muy agudos e ingeniosos de escritores de la talla de Gertrude Stein, Ezra Pound, Scott Fitzgerald, etc., y, de otro, cuanto hay en este libro de autobiográfico, lo que permite llegar a una más completa y rigurosa visión de la obra del escritor norteamericano. Estos elementos autobiográficos muestran, por ejemplo, la disciplina —muy severa— a que Hemingway se sometió siempre en su trabajo literario. En apariencia, ello puede parecerse paradójico en una vida tan azarosa como la suya —leer una biografía de Hemingway es como leer una novela de aventuras—, pero, a poco que se medite, se advierte bien pronto que no es así. Más aún: todo lo contrario. Ambas cosas —vida azarosa y disciplina en el trabajo literario— expresan perfectamente la personalidad de Hemingway: su vitalidad y su curiosidad, su vocación literaria —que raya ya en la cazarería— y su afán por reflejar la realidad de la manera más objetiva posible.

En el Hemingway que mira con extrañeza el Café de la Rotonde, de París; en el Hemingway que participa en la guerra del 14; en el Hemingway que viaja incansablemente y se embarca con entusiasmo en la más imprevista aventura, está siempre el escritor cazurro, paciente, metódico, sometido a un inflexible sistema de trabajo. En este sentido, como en tantos otros, Hemingway es ejemplar. Podríamos decir que la honestidad del escritor debe manifestarse en una doble vertiente: en el contenido de su obra —es decir, en la visión que nos da del mundo, en su aprehensión de la realidad de su tiempo— y también en sus preocupaciones formales, en su lucha a brazo partido con las formas literarias de expresión. Nadie más lejos que Hemingway de los estilismos y formalismos inútiles. Pero, al propio tiempo, nadie más preocupado que él por el puro oficio de escribir, por el dominio de la forma. Es claro que las preocupaciones formales por sí solas no llevan al escritor a ninguna parte, porque éstas se quedan en nada si no gravitan en auténticas preocupaciones intelectuales y vitales. Pero es claro también que a un escritor hay que pedirle —como le pedimos a un zapatero o a un carpintero— que haga bien su trabajo; es decir, que escriba bien y se preocupe por escribir bien.

La liquidación definitiva de los viejos preceptos de l'art pour l'art, liquidación muy positiva, por cuanto que supone una revalorización de la autenticidad en la obra literaria, de sus valores críticos y de sus posibilidades para intervenir de manera saludable en el desarrollo de la conciencia colectiva, ha comportado en algunos casos, no obstante, un cierto descrédito de la forma. Frecuentemente se ha confundido toda preocupación formal con el formalismo o bien se ha confundido la autenticidad y espontaneidad con la torpeza expresiva. Estos extremismos son comprensibles. En la historia de la literatura abundan, en un sentido u otro, principalmente en los momentos de crisis y transiciones; en esos saludables momentos en que la literatura elige nuevos caminos y diferentes niveles —los que mejor puedan corresponder a una nueva circunstancia histórica—. Ahora bien, llega un momento en que estos extremismos revelan su propia inutilidad y desaparecen por sí solos. Esto le ha ocurrido ya a ese descrédito de la forma, a que antes he aludido. Es lógico y es deseable que así sea.

Por todo ello, la figura de este Hemingway, que en el París de los años veinte se somete a una disciplina de trabajo muy severa y rigurosa, adquiere en este momento un insospechado valor de actualidad. «Cada día seguía trabajando hasta que una cosa tomaba forma, y siempre me interrumpía cuando veía claro lo que tenía que seguir. Así estaba seguro de continuar al día siguiente. Pero a veces, cuando empezaba un cuento y no había modo de arrancar, me sentaba ante la chimenea y apretaba una cáscara de mandarina y caían gotas en la llama y yo observaba el chisporroteo azulado. De pie miraba los tejados de París y pensaba: No te preocupes. Hasta ahora has escrito y seguirás escribiendo. Lo único que tienes que hacer es escribir una frase verídica. De modo que al cabo escribía una frase verídica, y a partir de allí seguía adelante...» Esto es, exactamente, un escritor. Cada uno tendrá su método personal de trabajo, su disciplina también personal. Pero ese método y esa disciplina son, sencillamente, inexcusables. Una vez más: «Si llega la inspiración, me encontrará escribiendo».

EL HUMOR DE BOSCH

